

LOS CRISTIANOS EN LA POLÍTICA

Ensayo elaborado por **Nelson Cubides Salazar** para el Congreso de la Liga Junior de Profesionales, en Bogotá el 18 de julio de 2009.

“La política es aquella ciencia común que está por encima de todas las demás y custodia las leyes y cuanto hay en el Estado, vinculándolo todo de forma que constituya en verdad un solo conjunto”

Platón, La República

El Estado perfecto y justo que Platón plantea en su libro la República no ha sido posible porque según él, no hemos sido gobernados por verdaderos filósofos de la política, por hombre justos, conocedores de las Ideas, con la virtud de la sabiduría, practicantes de la Justicia, del Bien, de las leyes y las costumbres. No me refiero precisamente a una persona sobrehumana, sino alguien que verdaderamente desarrolle una vocación de trabajo, un líder que promueva desde un Estado ideal el crecimiento de sus habitantes. Sin duda el mismo convencimiento manifestaba Aristóteles cuando señaló: “Un Estado es gobernado mejor por un hombre bueno que por una buena ley”.

Platón advierte que ese Estado ideal, sólo será posible si tal Estado se asienta sobre la base de la justicia individual como social. Si bien aquí se coincide con el planteamiento de Aristóteles en el sentido de la necesidad de buscar la felicidad del individuo, la cual podría conseguir por medio de la polis y con un Estado que tiene como fin último el hombre.; así pues, para Platón no existe una moral para el individuo y otra para el Estado, sino que se posee un único código moral que obliga a los dos, y que por consiguiente rige a todos los hombres y todos los Estados.

Moral esta que no esta perfectamente definida en nuestro país y, que por el contrario se ha desvirtuado, torciendo el carácter sano del gobernante, llegando a la corrupción, a los que bien les cae el nombre no de malvados sino de inútiles, como señala Platón; claro que excepción de unos pocos hombres y mujeres que han entendido que la política es el arte de hacer el bien a través del poder.

Aunque el idealismo de Platón respecto a su concepción de la sociedad y de Estado, se excede hasta convertirse en una “utopía totalitaria” y podría tildarse de clasista porque niega las libertades del individuo y relega la acción de la política y el gobierno únicamente para personas que puedan ser considerados filósofos- reyes. El filósofo, según Platón es el único que conoce las ideas y por lo cual posee la virtud de la sabiduría. Es conocedor de la Belleza, la Justicia, el Bien y por consiguiente actuará en la forma correcta, será virtuoso y será también el más capacitado para preservar las leyes y costumbres, en otras palabras, es el guardián perfecto del Estado.

En medio de toda esta discusión acerca de las virtudes de un político ¿existe algo más que pueda impedir el desarrollo de un Estado perfecto y Justo, de acuerdo con la propuesta de Platón? Desde luego varias cosas incidirían; sin embargo, considero que una situación sobresale frente a todas las demás, se

trata de las creencias arraigadas que trae el pueblo desde hace muchos años y se convierte en un inconsciente colectivo que gobierna sus pensamientos.

Al respecto, el gran filósofo español Ortega y Gasset¹ bien pudo advertir acerca del poder influyente de este factor en los ciudadanos y que por consiguiente afecta el Estado. “Las creencias, afirma Ortega y Gasset, constituyen la base de nuestra vida, el terreno que acontece. Porque ellas ponen delante lo que para nosotros es la realidad misma. Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cual sea el sistema de nuestras creencias auténticas. En ellas vivimos, nos movemos y somos. Por lo mismo, no solemos tener conciencia expresa de ellas, no las pensamos, sino que actúan latentes, como implicaciones de cuanto expresamente hacemos o pensamos. Cuando creemos de verdad en una cosa no tenemos la idea de esa cosa, sino simplemente contamos con ella”.

El Estado en parte ha sido el culpable de transmitir estos reguladores invisibles en su mismo afán por conseguir sus intereses. Como el ciudadano ha visto como algunos políticos usurpan los dineros públicos y abusan de su poder, es lógico, que con el paso de los años se crea que todos deben llegar con esa intención; de esta forma, se arraiga la creencia negativa de esta profesión. Por esta razón el francés Beltrand de Jouvenel² afirma: “Así, pues, cuanto más estables y arraigadas son las rutinas y las creencias de una sociedad, y más predeterminados los comportamientos, menos libre es el Poder en su acción. Este puede muy bien parecer absoluto cuando se muestra ejerciendo el papel que las costumbres le asignan. Pero aparece infinitamente débil si pretende ir contra el Poder de las costumbres. Y cuanto más rígidas son éstas, menor es el margen de maniobra del Poder”.

Así las cosas, se da por entendido que el Poder tiene su principal fuente en las creencias y costumbres; y éstas a su vez, pueden afirmarse por medio de la educación, la cual permitiría iniciar el camino -aunque largo- hacia la construcción de un Estado ideal; quizás no visto enteramente desde la concepción Platónica, pero siempre IDEAL.

Ese *poder* visto desde la perspectiva de Jouvenel, se mezcla en entre las creencias de las personas, que no siempre están alertas a las cosas que pasan en sus gobiernos y terminan por aceptar creencias erróneas fundadas en pensamientos radicales generando confusión entre los ciudadanos; como por el ejemplo, la incorporación matizada del pensamiento marxista, haciendo creer que la religión o tener una fe en Dios, es el resultado de una imaginación ficticia y falsa, que solo está para dar consuelo a los que están dominados por un gobierno que oprime al pueblo; además, se llega a pensar que esta dominación está auspiciada por la clase dirigente que quiere adormecer al pueblo e impedir la lucha por una sociedad mejor, más justa y feliz: en otras palabras, quiere hacerse creer de nuevo que la religión es el opio del pueblo.

Carlos Marx atacó directamente el Estado cristiano, y sin saberlo esa creencia ha venido destruyendo la verdadera esencia de la política moderna, la cual debería estar fundada en los principios del humanismo cristiano, que sin duda son los únicos que tienen la capacidad de sustentar la justicia dentro del Estado.

¹ Ortega y Gasset, Ideas y Creencias, Editorial Revista de Occidente en Alianza Editorial; pp. 29

² Jouvenel, El Poder: Historia natural de su crecimiento” pp. 270-271

Estoy seguro que Dios piensa todo lo contrario, de hecho creo que es el primer interesado en que los hombres se organicen en un Estado y respondan por las obligaciones que de allí se deriva. Para Locke, el conocido escritor inglés, “Dios impulsa a los hombres a la vida en sociedad dotándolos de una naturaleza llena de necesidades que deben ser resueltas entre ellos mismos gracias a la política y al Estado que le gobierna”.

Es entonces justo afirmar que los creyentes deben involucrarse en las decisiones de Estado porque responden a un llamado de Dios, cuando buscan establecer un orden y principios para todas las personas que componen un país. Aunque estoy seguro de ello, debe quedar claro que la fe y la política son dos realidades diversas, que no se tocan pero que deben desarrollarse por igual en un Estado perfecto y justo como lo ha soñado Platón.

En esta misma vía, el reformista y padre de la iglesia protestante Martin Lutero, ha dejado clara esa división cuando afirmó que “El gobernante (El Príncipe), deberá vigilar el orden y asegurar la prosperidad de toda la sociedad y ante todo velar por la sostener la fe de los sujetos que la componen. Él es el responsable del bien temporal y espiritual de sus dirigidos (súbditos)”.

De esta forma queda suficientemente claro que el político que sea creyente en Dios, deberá vivir como un cristiano que está en el permanente camino de llegar al cielo y por consiguiente deberá vigilar el estado de sus obras y la forma en que representa a todo el pueblo en general, dando siempre ejemplo en todas las cosas.

En otras palabras, el cristiano que se dedica a la política no puede dividir su actuación pública de su confesionalidad. No puede ir a la iglesia un domingo y al día siguiente estar a favor de la ley del aborto... eso sería un incoherencia total de principios. En este caso estaríamos frente a un “cristiano mistongo”, es decir un “cristiano falto de coraje”.

Por eso, el político cristiano debe ser un permanente testimonio de las enseñanzas de Jesús a través del ejemplo y no solo con la disertación de la palabra. Esto significa que deberá ser honesto con el elector al que nunca deberá engañar ni ocultar sus valores cristianos. De esa forma, sus decisiones estarán legitimadas desde la honestidad, la lealtad y la coherencia intelectual de quien debe tomarlas.

En tiempos actuales no resulta sencillo que el político cristiano fije esta posición ante los ciudadanos, porque se está formando una falsa creencia que afirma que como un político debe gobernar para todo el pueblo, y que por lo tanto, toda acción de gobierno debe ser aséptica de los valores absolutos, laicista y pragmático; es decir, [propone excluir las reflexiones teoréticas y las valoraciones basadas en principios éticos.](#)

Al respecto Aristóteles afirmó que las funciones públicas deben confiarse a la virtud y al talento³ y justicia, precisamente los valores que se profesan el humanismo cristiano. Al respecto Thomas Jefferson señaló: “Siempre he dicho, y diré que el estudio de la Sagrada Biblia, hará mejores ciudadanos, mejores padres y mejores esposos.”

³ Aristóteles. La política. Alba, Madrid, 2001, pag. 79.

También C.S. Lewis rescata la idea y la potencia con el mensaje cristiano, al señalar que “El modelo de cristianismo permanente debe mantenerse claro en nuestra mente, y a la luz de él hemos de examinar el pensamiento contemporáneo⁴”, y agrega que **“Nuestra tarea consiste en exponer lo eterno (lo mismo ayer, hoy y mañana), en el lenguaje de nuestra época”**⁵. Lewis, encuentra entonces una relación prudente y justa entre la teología y la política, y propone “que la teología nos enseñe qué fines son deseables y qué medios son legítimos, y que la política nos instruya sobre qué medios son efectivos”, y agrega que “el asesoramiento sobre un problema político no procede de la Revelación, sino de la prudencia natural, del conocimiento de la complejidad de los hechos y de una experiencia madura⁶”

Con los argumentos anteriormente expuestos, podemos concluir que es evidente que existen valores a los que pueden catalogarse como “absolutos” o no transables y esa debe ser la guía del político en su actividad cotidiana. Sin embargo, la prudencia política debe desplegarse con toda su fuerza, e inspirar al político cristiano a que conozca profundamente la naturaleza de las cosas que debe someter a su juicio, y a escoger los medios que sean más efectivos, dentro de los deseables y legítimos.

Obviamente resultará muy difícil para el político inducir en cada caso concreto y emergente la norma ética correspondiente, y hacer su aplicación. Por eso, el político cristiano debe, en cada caso concreto, efectuar un ejercicio de análisis donde juegan múltiples variables, a efectos de alcanzar la que sea la solución más justa. Ese ejercicio de reflexión, debe ser una práctica permanente, donde sea hábito y se produzca de manera natural y espontánea. Y siempre, recordemos, el político cristiano debe articular dicha condición con honestidad y transparencia, lo que legitimará su accionar ante la sociedad toda.

De cualquier forma, creo que hoy es más vigente que antes la idea de que los principios de justicia, ética, compasión y amor que profesó Jesucristo son indispensables en la política moderna, creo que la carencia de ellos es precisamente el declive moral que estamos experimentando especialmente en Colombia.

Creo que llegó la hora de reflexionar en las palabras de Benjamín Franklin, el célebre presidente de E.U cuando señaló: “Quien introduzca en los asuntos públicos los principios del Cristianismo Primitivo revolucionará al mundo” o en las de Thomas Jefferson, precursor de la independencia del mismo país cuando señaló: “Verdaderamente tiemblo por mi patria cuando pienso que Dios existe.”

Nelson Cubides Salazar
Derechos reservados.

PREGUNTAS PARA EL DEBATE

¿Necesitamos leyes más fuertes para suprimir la corrupción, para cerrarles el paso a las personas que menoscaban los dineros públicos?

⁴ C. S. Lewis. Apologética Cristiana. En Lo Eterno sin Disimulo. Rialp, Madrid 1999, pag. 25.

⁵ C. S. Lewis. Apologética Cristiana. En Lo Eterno sin Disimulo. Rialp, Madrid 1999, pag. 25.

⁶ C. S. Lewis. Apologética Cristiana. En Lo Eterno sin Disimulo. Rialp, Madrid 1999, pag. 26.

¿La función política debería ser relegada únicamente a las personas virtuosas, inteligentes y conozcan perfectamente el funcionamiento del Estado?

¿La clase dirigente que quiere adormecer al pueblo e impedir la lucha por una sociedad mejor, más justa y feliz?